

Las *multitudes* en Raúl Scalabrini Ortiz: la configuración de una identidad colectiva en *El hombre que está solo y espera* y *Tierra sin nada, tierra de profetas*.

Ivana Incorvaia
Universidad Nacional de Rosario - Conicet

Resumen

Raúl Scalabrini Ortiz publica en 1946 algunos textos ensayísticos breves y una cantidad de poemas bajo el título general de *Tierra sin nada, tierra de profetas*. Expone aquí una reflexión filosófica aguda, principalmente si se lo compara con otras de sus producciones, recurriendo, asimismo, a un campo semántico de significativa carga mística. Entre algunos debates existenciales de gran densidad, presenta un entendimiento particular de las *multitudes*, fundamentalmente en el texto sobre el 17 de octubre, que puede vincularse, amén de las diferencias formales evidentes, con aquello que en *El hombre que está solo y espera* aparece como encarnación de una idea futura. En este trabajo proponemos establecer un diálogo entre ambos textos para indagar cómo en ellos son presentadas las *multitudes*, la forma en que se configura la identidad en cada momento, y el lugar en el que se coloca el autor respecto de este asunto.

Palabras clave

Raúl Scalabrini Ortiz - las *multitudes* - identidad colectiva - *El Hombre que está solo y espera* - *Tierra sin nada, tierra de profetas*.

Son muchos los textos que hicieron referencia a la manifestación popular del 17 de octubre del 45. Uno de ellos es elaborado por Scalabrini Ortiz y forma parte de los escritos publicados en 1946 bajo el título general de *Tierra sin nada, tierra de profetas*, al que acompaña el enunciado, como subtítulo aclaratorio o parentético, *Devociones para el hombre argentino*. El texto, único del apartado intitolado *Emoción para ayudar a comprender*, fue escrito al poco tiempo de los sucesos de octubre y trascendió significativamente. Allí, sin duda, se realiza una valoración de las *multitudes* movilizadas para pedir la libertad de Perón que dista considerablemente de la clásica forma de repudio con que estas *multitudes* fueron descritas -citando dos ejemplos también clásicos- por Borges y Bioy Casares en *La fiesta del monstruo* o por Martínez Estrada en *¿Qué es esto?*

Pero no se trata en este caso de relevar las diferencias políticas e ideológicas respecto de las descripciones antiperonistas, sino de destacar el modo singular de percibir este suceso, a partir de un modo, también singular, de percibir las *multitudes*, que Scalabrini Ortiz, sugerimos, está elaborando previamente.

Es cierto que al pensar en el término “*multitudes*” puede que resulte ineludible referir a Ramos Mejía, quien hizo de este objeto un tema privilegiado de indagación en *Las multitudes argentinas* de 1899. No obstante, como señala Terán (2008:103), “en Ramos Mejía la constitución del objeto multitud desde matrices biologicistas definirán la presencia de la masa en la historia como la de una fuerza fenomenal vaciada de inteligencia y raciocinio”.

Si bien en Scalabrini Ortiz hay un entramado heterogéneo de estilos escriturarios y se utilizan ciertas metáforas biológicas y organicistas, en aquel discurso positivista o científicista más ortodoxo las *multitudes* se analizan desde su negatividad, prácticamente como fenómeno morboso, mientras que Scalabrini Ortiz rescata, desde otro paradigma, su función positiva, necesaria, para la redención social.

Ramos Mejía resulta la expresión de una elite que aborda la constitución de este nuevo sujeto histórico, las *multitudes* modernas, asumiendo la superioridad de algunos que pueden

individualmente constituirse como seres racionales (los que jamás entrarían en estado de multitud), frente a una muchedumbre movilizada por fuerzas irracionales o no conscientes. Scalabrini Ortiz, en cambio, frente al mismo fenómeno de este nuevo sujeto histórico, se sentirá parte de estas masas, tanto en 1931, como en 1945.

Importa también señalar que para referirse a esta concatenación de hombres o masas movilizadas, Scalabrini Ortiz opta por utilizar en estos textos el término *multitudes* y no la categoría de *pueblo*. Respecto de esta posible dicotomía, aunque su análisis dialogue con ciertos paradigmas de la posmodernidad, podemos recurrir a Paolo Virno, quien en *Gramática de las multitudes* (2003) recupera desde la filosofía política el concepto de *multitud* de Spinoza para oponerlo al concepto de *pueblo* de Hobbes. En este trabajo, plantea que “multitud significa “muchos”, pluralidad, conjunto de singularidades que actúan concertadamente en la esfera pública sin confiarse a ese “monopolio de la decisión política” que es el Estado”. (2003:19) Y luego afirma que

la multitud no se contrapone al Uno, sino que lo redetermina. Inclusive los muchos necesitan una forma de unidad, un Uno: pero -aquí está el punto clave- esta unidad ya no es el Estado, sino el lenguaje, el intelecto, las facultades comunes del género humano. El Uno no es más una *promesa*, sino una *premisa*. La unidad no es más algo -el Estado, el soberano- hacia lo cual converger, como en el caso del pueblo, sino algo que se deja atrás, a las espaldas, como un fondo o un supuesto. (2003:42)

Aunque la *multitud* que Scalabrini Ortiz describe marchando hacia la Plaza de Mayo se unificaría a partir de la figura de Perón, “el soberano” no resulta ser aquí la razón única o principal de movilización de aquella pluralidad. La manifestación lo trasciende, resulta inspirada por fuerzas de diversa índole, y no podría reducirse su irrupción a la convergencia hacia el Estado, lo cual fundamentalmente definiría, tal como señala Virno, a la entidad denominada *pueblo*.

Es más, prácticamente “el líder” no es mencionado, más allá de que el grito de su nombre unifique a las masas. Se enaltece la pluralidad de la concurrencia sin glorificar una figura que unifique a estas masas en sujeto, ni en un movimiento que someta ese sujeto a un Estado corporizado e inseparable de su jefe.

La elección por uno de estos términos se modifica en los textos cuya discursividad ensayística es más abiertamente política y económica. En *Política británica en el Río de la Plata* de 1936 o en *Historia de los ferrocarriles argentinos* de 1940, por citar dos de sus ensayos de mayor gravitación, el término utilizado para denominar a la masa de individuos es *pueblo*. Puede que el motivo de esta elección sea que en estos escritos existe un interés urgente, directo o más explícito, en discutir el carácter y las medidas del Estado, y ya no, desde una óptica psicológica o filosófica, el motor espiritual y telúrico de los hombres movilizados.

Mientras en *El hombre que está solo y espera* el Estado se definía simplemente como una “delegación del hombre”, y por lo tanto no se constituía como la entidad en la que el “arquetipo porteño” debía inmiscuirse, en la obra posterior mencionada el autor cuestionará tal desentendimiento, tratando de intervenir directamente, denunciando su funcionamiento o proponiendo medidas prácticas superadoras.

Más allá de esta observación, lo cierto es que tanto en su ensayo publicado en el 31 como en *Tierra sin nada, tierra de profetas*, los hombres en concurrencia se materializan bajo la denominación de *multitud*, o en algunos casos “muchedumbre”, pero no como *pueblo*.

La masa que emerge de modo incipiente en su primer ensayo y que irrumpe desde la profundidad, desde una suerte de “fondo”, hasta el centro de la ciudad, el 17 de octubre del 45, es presentada como *multitud*. Esta forma particular en la que Scalabrini Ortiz narró la manifestación popular a Plaza de Mayo, la imagen de una *multitud* irrumpiendo desde un fondo, es la que dio lugar a sintetizar este hecho como el “mito del subsuelo”, en alusión a ese momento del texto que más repercutió: “era el subsuelo de la patria sublevado”.

La *multitud* movilizada se presenta como una masa heteróclita, aunque “corpórea”, “única” e “infinita”, proveniente de lo más genuino y profundo de la tierra: una suerte de revelación telúrica o materialización del espíritu latente de la tierra que esperaba ser convocado. Los hechos se relatan desde una precepción simbólica y los sucesos se explican por su aspecto “histórico-emotivo”, colocando la elaboración poética en una jerarquía superior a la histórica o intelectual. Los motivos por los cuales el 17 de octubre de 1945 estas *multitudes* se conformaron en sujeto colectivo, unificadas por un grito y una fe también colectivos, se exponen a partir de impulsos telúricos, furtivos y espirituales, y no con lo que pueda derivarse de una explicación racional:

Hermanados en el mismo grito y en la misma fe, iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la hilandera y el empleado de comercio. Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en conmoción del terremoto. Era substrato de nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presente en su primordialidad sin reatos y sin disimulo. Era el de nadie, el sin nada, en una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía. (Scalabrini Ortiz, 2008:245)

Aquella “sola palabra” que la verdad traducía en un mismo impulso: “Perón”, agrupaba a las *multitudes* en una idéntica vibración o estremecimiento: “llegaban cantando y vociferando unidos en una sola fe”, se asomaban como “las épocas pretéritas”, retornando del pasado, por fuera de un tiempo histórico preciso, desde el subsuelo que estaba latente, a la espera, preparándose para las “posibilidades colectivas” del presente.

En este juego temporal, Scalabrini Ortiz en 1945 apela a su propio texto publicado en 1931, como si por aquellos años se estuviese conformando, recóndita, “la sustancia del pueblo argentino”:

Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años, estaba allí presente, corpóreo, tenso, multifaceteado, pero único en el espíritu conjunto. Era los hombres que están solos y esperan que iniciaban su tarea de reivindicación. El espíritu de la tierra estaba presente como nunca creí verlo. (2008:246)

Las metáforas que aluden a esta suerte de “sublevación telúrica” explicarían el proceso histórico cuestionando la hegemonía de la razón en el análisis y desenvolvimiento de los hechos. La tierra es, esencialmente, un elemento metafísico que habilita la posibilidad de un “espíritu de la tierra”: un espíritu que puede representar la fe colectiva materializándose en una *multitud*. Ésta, cumpliría entonces una tarea de reivindicación que esperaban en el pasado aquellos hombres desconectados y solos. El autor vincula, así, el “mito de origen” del “ser nacional” configurado en *El hombre que está solo y espera* con el “mito político del subsuelo” que acompaña el relato sobre la movilización a Plaza de Mayo.

En ambos textos se vislumbra un juego de oposiciones entre el ámbito de la creencia y el de la razón: es sólo la fe, colectiva, la que puede unificar la *multitud*. Y esto, además de proponerse en términos de identidad, configura una visión particular de los sucesos, puesto que no sólo se admite la imposibilidad de pensar por fuera de las relaciones simbólicas, sino que resultaría inviable hacerlo independientemente de una fe.

Al inicio de *Tierra sin nada, tierra de profetas*, encontramos el mismo texto que funciona como epígrafe en el comienzo de *El hombre que está solo y espera*: “¡CREER! He allí

toda la magia de la vida. Atreverse a erigir en creencia los sentimientos arraigados en cada uno, por mucho que contraríen la rutina de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida”.¹

Si de lo que se trata es de arriesgarse a erigir en creencia sentimientos que cada uno porta, la razón, ligada exclusivamente al pensamiento más que al sentir, pareciera, por lo menos, colocarse en un segundo plano. En tal sentido, en un fragmento que funcionaría como prólogo al texto de 1946, Scalabrini Ortiz señala:

Estas devociones brotaron en el transcurso de los últimos veinte años de mi vida, de 1926 a 1946, con el ritmo espontáneo y vitalmente ineludible con que combo el pecho para respirar. Constituyen una testificación fundamental de mi fe en los hombres de mi tierra, y son un aporte al desbrozamiento de las falsas expectativas que enmarañan su destino histórico. [...] Estas devociones quizás hubieran podido ser aclaradas con el análisis de la inconsciente tenacidad con que el hombre argentino busca una perennidad en el inmarchitable cuerpo de la tierra y de la multitud que la encarna constantemente, pero esa hubiera sido obra de la razón, extemporánea y quizás perjudicial para lo que solamente pervive en la temblorosa y tenue flámula de una fe. (2008:229)

Encontramos, por un lado, la advertencia sobre el motor de la escritura similar a la explicitada en *El hombre que está solo y espera*, es decir, el rescate de la “vivencia” como el modo natural y desenvuelto, que permite, o hace posible, escribir. Por el otro, estas devociones aquí presentadas (término vinculado con cierto fervor o veneración religiosos) no podrían ser expuestas a través de la razón puesto que sólo podrían pervivir en la fe que resulta testimonio fundamental de los créditos que mantiene con los hombres de su tierra.

En *El hombre que está solo y espera* también se realizaba la fe. Señala aquí Scalabrini Ortiz que “en el sentimiento porteño hay una fe que está esperando” (2008:107) Y quizás este aguardo tenga que ver con el tiempo necesario hasta la unión de esos hombres solos, que si bien están con otros hombres, constituyen una suerte de *multitud* inconexa: “soltero o casado, el Hombre de Corrientes y Esmeralda es un hombre que está desnudo y solo en el interior de su escéptico baluarte verbal, que está solo entre dos millones de hombres y mujeres que están solos”. (2008:52)

Sin señalar con esto que Scalabrini Ortiz estaría anticipándose a la venida de un acontecimiento histórico en particular, hay que señalar que el autor presenta a la muchedumbre expectante, desconectada, esperando la resolución o el camino hacia una nueva espiritualidad. Son los “hombres porteños” que esperan y a solas, aunque no sin rasgos de escepticismo, desconfianza y descreimiento, el advenimiento de un humanismo diferente.

Pero hasta que la nueva espiritualidad no se haga presente, la *multitud* es una yuxtaposición de individuos aislados: “El porteño es el tipo de una sociedad individualista, formada por individuos yuxtapuestos” (2008:32) Un hombre que, aunque caminando por la misma calle donde caminan otros, está solo en medio de la multitud: solo entre otros solos².

En el texto sobre el 17 de octubre el autor vuelve sobre el tópico de la soledad y la necesidad de la concurrencia: “el hombre aislado es nadie”, dice, y entonces, por este motivo,

¹ Este fragmento inaugural anticipa una tendencia sostenida en Scalabrini Ortiz a ubicarse en el plano de la creencia y la fe. Señala González (1999:273) “*Creer es la magia de la vida*, dirá muchos años después Scalabrini Ortiz, y en ese paso vitalista y devocional, se escucha aún el demorado retintín de los escritores de 1837, ese neocristianismo que se comprende a sí mismo como fundador de sociedades igualitarias, declarando la politicidad de todo vínculo humano. La creencia es de índole “moral e intelectual”, un conocimiento impalpable que vincula simultáneamente con la patria y la humanidad”. Desde otra concepción, Sarlo plantea: “Los ensayos de Scalabrini, aunque proporcionen al lector una cantidad enorme de documentos, como en el caso de su obra sobre los ferrocarriles, no responden con exclusividad al régimen histórico de prueba, sino al régimen político-ideológico de la creencia”. (1988:220)

debe estar a la espera de una conexión. La soledad, en tal sentido, se constituye como el anhelo futuro de la confluencia³. Es una soledad particular pero la afluencia también lo es. El “Hombre porteño” está solo a pesar de la presencia de otros, aunque esté entre millones de hombres y mujeres, pues el punto crucial es cómo y por qué conectarse con los otros “solos”, cómo lograr ese “espíritu único” más allá de la instancia material de la compañía.

El porteño caracterizado en el 31 se ve vibrando junto con otros, redimido, como “brizna de multitud”, el 17 de octubre en la plaza de mayo, convencido de que solamente con los otros podrá lograr un acontecimiento solemne:

En las cosas humanas el número tiene una grandeza particular por sí mismo. En ese fenómeno majestuoso a que asistía, el hombre aislado es nadie, apenas algo más que un aterido grano de sombra que a sí mismo se sostiene y que el impalpable viento de las horas desparrama. Pero la multitud tiene un cuerpo y un ademán de siglos. Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río. (2008:246)

Aquella *multitud* corpórea se mueve, aquí, con la historia de otros tiempos (“con un ademán de antaño”), y los que la componen resultan insignificancia necesaria para constituir ese gran amasijo, para que “el alma de todos” libere, por fin, a todos. Porque cada “brizna” es uno, “uno cualquiera”, tal cual señala el mismo Scalabrini Ortiz describiendo a la *multitud* en la plaza: “por inusitado ensalmo, junto a mí, yo mismo dentro, encarnado en una muchedumbre clamorosa de varios cientos de miles de almas, conglomeradas en un solo res unívoco”. (2008:246)

Quien describe a la masa se siente parte de esta *multitud* y la concibe con perspectivas y certezas⁴. Intenta fundirse en algo más grande porque cree, convencido, que para ser él mismo

² “Es una identidad individualista en una sociedad individualista. Si el ensayo positivista temía a los sujetos colectivos en el presente de su escritura, la multitud de las grandes ciudades modernas, y el ensayo nacionalista lo disolvía en un abstracto ser nacional, o en el esforzado pueblo de las gestas de independencia y de la reorganización nacional que era colocado en el pasado, este ensayo [*El hombre que está solo y espera*] parece anhelarlo como construcción futura”. (Blanco, 2003:185)

³ En uno de los poemas de *Tierra sin nada, tierra de profetas*, leemos: Canto al hombre solo entre los hombres, / Al hombre solo junto a sus padres, / Al hombre solo junto a su esposa, / Al hombre solo junto a sus hijos, / Al hombre interminablemente solo / como un minuto cualquiera. / [...] Al hombre solo en la tierra y en el mar, / Inquebrantablemente solo / En la tristeza y la alegría. / Canto a los millones / de niños, de hombres y mujeres / Que están solos / Y a la espera de Dios. (2008:288) Es llamativo el cierre de estos versos, aunque, en realidad, el elemento religioso atraviesa el conjunto de los textos de *Tierra sin nada, tierra de profetas*. Esto es notorio no sólo respecto de la preponderancia de la fe por sobre la razón, cuestión que se explicita en los distintos ensayos y poemas y que en su modo particular está presente en *El hombre que está solo y espera*, sino también por un conjunto de términos y valoraciones más amplias vinculadas a este campo semántico. Ya en el título la palabra “profeta” carga con una connotación religiosa notoria: es quien posee el don de la profecía, aquel hombre que por señales o cálculos hechos previamente, conjetura y predice acontecimientos futuros, pero es también el que habla en nombre y por inspiración de Dios.

⁴ Un tanto diferente a la concepción del narrador de “Los humildes”, el primer texto de *La Manga*, libro de cuentos y diálogos publicado por Scalabrini Ortiz en 1923: “Asomado a mi ventana, veo cotidianamente el desfile monótono de una muchedumbre que va por la mañana y vuelve por la tarde [...] Cuando era niño y lo contemplaba todo con mis grandes ojos indiferentes, no prestaba atención a la muchedumbre que iba por la mañana y volvía por la tarde. Al presente, pienso a menudo en esa muchedumbre triste, resignada, siempre variable y aparentemente la misma, que va por la mañana y vuelve por la tarde”. (2008:123) Puede que esta visión expectante, diferenciada respecto de los otros, y con cierto escepticismo, haya cambiado luego de su viaje a Europa. Al embarcarse rumbo al viejo

debe realizar esa tarea: creer, erigir una creencia, sosteniendo su “derecho a ser uno cualquiera que sabe que es uno cualquiera”.

Al comienzo de *Tierra sin nada, tierra de profetas*, a modo de balance, Scalabrini Ortiz señala:

Desde esta colina de los cuarenta y ocho años, recién veo claramente que a través de todas las alternativas yo buscaba una creencia, un sistema de perfección, una tarea irrealizable que podía ser realizada en cualquier momento. Para ser yo mismo quería fundirme en algo más grande que yo mismo [...] Mi desasosiego me adentró en ese minucioso escarbar del mundo material que se llama ciencia. El aprendizaje de las ciencias es cautivador, porque a medida que se estudia se sabe cada vez menos [...] Pero hoy mi voluntad es hablar solamente de mis creencias perdidas, fundamentando, así, mi derecho a ser uno cualquiera que sabe que es uno cualquiera. (2008:233 y 234)

Contra poniendo la ciencia al encuentro de un nuevo humanismo, propone moldearse en algo superior a su propia individualidad para ratificar ese derecho de ser “uno cualquiera”. Intenta fortalecer una fe cuestionando el valor de la razón y la ciencia, cristalizando aquello que intuía tiempo atrás pero que debía definirse y perfeccionarse en el presente. Su orgullo declarado no es destacarse entre la *multitud*, sino saber licuarse entre los hombres. Y esta resulta ser una búsqueda que atraviesa toda su producción: intentar fundirse, como uno cualquiera, en una *multitud* superior, aquella que sólo se conformaría como tal a través de una fe colectiva⁵.

El “espíritu de la tierra”, el elemento que funciona como axioma en toda su obra, es el que se intuye en el 31 pero se visualiza, se hace presente, corpóreo, casi como *anagnórisis*, el 17 de octubre del 45. Este halo que envolvió y unificó a la *multitud* en la Plaza de mayo, es lo que terminó de darle identidad colectiva a aquello que todavía estaba inconexo en el 31, pero además se convierte en postura vital, más allá del análisis histórico.

El hombre que está solo y espera, como sabemos, es una manifestación de la vanguardia literaria de los años 20 que toma registro concreto de los cambios culturales en

continente en 1924, el mismo Scalabrini Ortiz señala que le sucede una rápida desilusión: “yo llevaba una estima reverente. Conjeturaba que los europeos eran con relación a sus obras lo mismo que nosotros con relación a las nuestras: infinitamente superiores a sus realizaciones. Me equivoqué, di con técnicos.” (2008:236) Y su nueva visión detectará mayores posibilidades en Argentina por entenderla a menor distancia de lo primordial: “Comprendí que nosotros éramos más fértiles y posibles, porque estábamos más cerca de lo elemental”. (2008:236) Esta cuestión esencialista define, también, la caracterización de la identidad porteña en su exterioridad (lo europeo) y su interioridad o esencia (lo verdadero, el espíritu de la tierra) Por lo tanto, lo fundamental que constituye la identidad nacional es lo que no está a la vista, cuestión que implica una suerte de buceo e indagación profunda. Y concluye su alusión respecto del viaje con una reconsideración: “Mi orgullo: el saber licuarme entre los hombres que sienten como yo. Mi fe: la de que los hombres de esta tierra poseen el secreto de una fermentación nueva del espíritu. (2008:236 y 237)

⁵ El 2 de diciembre de 1932 sus compañeros vanguardistas le ofrecen un banquete con motivo de la quinta edición de *El hombre que está solo y espera*. Hacia el final de la noche hubo una serie de discursos. Entre las palabras de agradecimiento a quien entiende su maestro, Macedonio Fernández, Scalabrini Ortiz dice: “Yo sólo me siento lo que no quiero dejar de ser: uno cualquiera que sabe que es uno cualquiera”. (2006:124) Más de 15 años después, en febrero de 1948, Scalabrini Ortiz escribe una carta a Juan Domingo Perón a propósito de la nacionalización de los ferrocarriles y agradeciendo la invitación al evento que se realizaba con motivo del anuncio de lo que él entendía como “el telón cayendo sobre el mundo colonial”: la estatización ferroviaria. Hacia el final del texto, escribe: “Siempre he tenido el orgullo de ser ‘uno cualquier que sabe que es uno cualquiera’, y en esa virtud me afirmo para asegurar que esta inmensa alegría que tengo en el corazón es una alegría gemela a la que sienten dieciséis millones de argentinos”.

Buenos Aires producidos por la modernidad y la inmigración. Pero el trasfondo esencialista y telúrico que le asigna Scalabrini Ortiz, aquel “espíritu de la tierra” que recorre su obra, internalizado en el 31 y vislumbrado con la irrupción del peronismo, posibilita la conversión del ensayo en relato mítico, casi ahistórico, motivo por el cual, tal vez, muchos intentaron leer allí un relato anticipador y hasta profético de las *multitudes* populares movilizadas en el 45.

Bibliografía

- Blanco, Oscar (2003). “Scalabrini Ortiz: la esencialización de la identidad porteña”, en Rosa, Nicolás (editor), *Historia del ensayo argentino: intervenciones, coaliciones, inferencias*, Buenos Aires, Alianza Editorial S. A.
- Galasso, Norberto (2006). *Vida de Scalabrini Ortiz*, Buenos Aires, Colihue.
- González, Horacio (1999). *Restos Pampeanos*, Buenos Aires, Colihue.
- Prieto, Adolfo (1969). “El hombre que está solo y espera” en *Estudios de literatura argentina*, Bs. As., Galerna.
- Sarlo, Beatriz (1988). *Una modernidad periférica*, Bs. As., Nueva Visión.
- Sarlo, Beatriz (1990). “Modernidad y mezcla cultural. El caso de Buenos Aires.” En *Modernidade: vanguardia artísticas na América Latina*, Brasil, Cuadernos de cultura. Fundación memorial de América Latina.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (1974). *Bases para la reconstrucción nacional* (Tomo I y II), Bs. As., Ed. Plus Ultra.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (2008). *El hombre que está solo y espera. La manga. Tierra sin nada, tierra de profetas*. Rosario, Ed. Fundación Ross.
- Terán, Oscar (2008). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Virno, Paulo (2003). *Gramática de las multitudes*. Madrid, Traficantes de sueños MAPAS.